

editorial

LA PATRIA
Y
EL SOCIALISMO

Estamos en el mes del sesquicentenario. En septiembre de 1810 comenzó el proceso de nuestra independencia nacional, y, ahora, ciento cincuenta años después, debemos recordar que el proceso continúa y que nuestra dependencia económica impide que se consolide la independencia política. En el curso de la historia de Chile, sucesivamente, la aristocracia conservadora, la burguesía liberal y la pequeña burguesía radical han orientado políticamente y administrado el país. Algunos rapsodas glorifican las hazañas de estos regímenes, a personalidades mediocres se les otorga categoría de héroes, se transforma la historia en una divertida narración romancesca, pero la verdad sigue en su sitio, severa y obstinada: el proceso iniciado en septiembre de 1810 sigue inconcluso. Chile no es un país independiente. Los regímenes de casta y los héroes de relumbrón no han sido aún desplazados por la conciencia viva y creadora del pueblo.

En este mes del sesquicentenario difícilmente hallamos en el alma del pueblo un vestigio de alegre resonancia. Muchas calamidades lo han golpeado. La espantosa catástrofe del Sur marcó el año con sus muertos y sus ruinas incalculables. Justamente, cuando más falta hacía un liderato comprensivo, eficaz, dinámico, estimulante, el pueblo sólo encontró un gobernante abúlico y egoísta y una clase dirigente incompetente y rapaz.

El hombre que pasa algunas horas del día en el palacio del gobierno es la expresión más exacta de una clase social decadente, refinada y estéril. El hombre y la clase social son, aunque las presidan, convidados de piedra en estas "fiestas" del sesquicentenario.

Para tal clase, la clase de los encomenderos y los monopolistas, la patria tiene una cotización un poco fluctuante, un poco aventurada, pero que, por sobre todo, es una cotización. La patria debe rendir determinados dividendos y para eso juega en los mercados capitalistas del mundo con sus materias primas y su opinión política obsecuente. La patria se transa; cotidianamente, con el frío cálculo del especulador bursátil y hasta la solidaridad extranjera sirve para enderezar los entuertos financieros.

En ciento cincuenta años se consolidó el Estado burgués. En base a la entrega de nuestras principales fuentes de riqueza al imperialismo y la creciente miseria de las mayorías nacionales, un menguado grupo oligárquico vive espléndidamente. Ahora, cuando tantas cosas han cambiado en el mundo, ese grupo de privilegiados mantiene su frivolidad sempiterna, su tradicional jactancia, como si hoy fuera lo mismo que ayer, como si la hora de la rendición de cuentas no hubiera de llegar jamás.

Sin embargo, la correlación de las fuerzas sociales en el mundo entero se ha alterado súbitamente en los últimos veinte años y este hecho se refleja en Chile como en Cuba, en América Latina como en Africa y Asia. Como en la segunda década del siglo pasado, muchos pueblos sacuden el yugo colonialista. La lucha contra el imperialismo se desarrolla "in crescendo" y cada vez se reduce más el área imperialista y la influencia de la clase obrera internacional se fortalece progresivamente.

En la medida en que los trabajadores del mundo amplían su influencia política y se debilitan las fuerzas de la burguesía capitalista, un nuevo concepto de patria cobra vigencia. Ya no es la "patria" de las fementidas minorías plutocráticas; ya no es la "patria" de los financistas internacionales, de los provocadores de la guerra de agresión; ya no es la "patria" de los latifundistas y los frailes.

Es la patria de los trabajadores y el socialismo, la verdadera patria.

En los Estados burgueses el concepto de patria tiene un sentido claramente chovinista, agresivo, belicista. Mientras las fuerzas imperialistas estuvieron en condiciones de provocar guerras para repartirse el mundo, este "patrioterismo" chovinista sirvió para conturbar a los pueblos y lanzarlos a la matanza. La "patria amenazada", la "defensa nacional", el "honor de la nación", fueron frases estereotipadas con que siempre se llenaron la boca los gobernantes burgueses y sus plumarios, muchas veces en los mismos instantes en que firmaban indignos tratados internacionales o contratos-leyes repugnantes, instrumentos legales para entregar al extranjero girones del territorio nacional y para comprometer la opinión política del país en las tribunas de los organismos nacionales. Así, durante decenios, se han enajenado nuestras riquezas, se ha hundido en la miseria al pueblo trabajador, se ha enviado tontos ilustres al extranjero para que hagan coro a la voz del amo imperialista con mentecato servilismo.

Jamás ha sido más sombrío el presente de Chile que en este año del sesquicentenario. Todo parece haberse confabulado contra el pueblo, la naturaleza y el hombre que logró el mando, precariamente, una tarde de este mismo mes de septiembre, una tarde en que hasta las montañas crujieron en el Cajón del Maipo.

Sin embargo, más allá de estas sombras ominosas están los días por venir, el futuro no lejano, la patria de los trabajadores y del socialismo. La relación de las fuerzas sociales que operan en el interior de nuestro propio país es distinta a la de otros tiempos. El proceso socio-político es un ejemplo elocuente. Se ha fortalecido un combativo movimiento unitario de los trabajado-

res, que desde el Frente de Acción Popular, inspirado por la política del Partido Socialista, libra batallas que cada día lo hacen más fuerte y cada día lo acercan más al poder. Frente a este crecimiento irrefrenable del poderío político de las masas, hace juegos malabares el desprestigiado partido radical y la democracia cristiana se desplaza vacilante, desgarrada ideológicamente por sus contradicciones internas, legataria de la derecha.

Fuera de Chile, en todos los ámbitos del mundo, el imperialismo se bate en retirada. Crecen las fuerzas socialistas y muchos pueblos pueden iniciar nuevas experiencias político-económicas sin temor a que "las manos sucias" del imperialismo se entrometan para obstaculizar el desarrollo de su destino histórico.

Más de alguna vez, particularmente en las últimas décadas de los ciento cincuenta años de existencia republicana, pudimos temer que un gobierno popular, con clara orientación socialista y revolucionaria, fuera abatido por la conspiración de la reacción interior y el imperialismo foráneo. Ahora, las cosas han cambiado. Si los trabajadores desarrollan la fuerza necesaria para conquistar el poder, por los medios que las circunstancias y las condiciones objetivas de la lucha social lo determinen, ya no ocurrirá —como en Guatemala hace algunos años—, que aviones norteamericanos con pilotos yanquis en sus mandos bombardeen a pueblos indefensos en apoyo de "invasores" vendepatria.

El Estatuto del Partido Socialista, en su artículo primero, definiendo los objetivos generales de la organización, dice que el Partido prepara ideológica y prácticamente a los trabajadores chilenos, en los principios del marxismo, para que puedan "DIRIGIR AL PUEBLO EN LA LUCHA POR LA INSTAURACION DE LA REPUBLICA DEMOCRATICA DE TRABAJADORES, FASE INICIAL DEL DESARROLLO DEL SOCIALISMO". Este concepto señala el carácter de la patria, creada, fortalecida y defendida por la clase trabajadora chilena. La república aristocrática de Portales y la república liberal de los Alessandri han sido patrias para los latifundistas, la burguesía y los agentes del imperialismo. La República Democrática de Trabajadores será la patria socialista, la patria legítima de las mayorías nacionales, de quienes crean la riqueza, de quienes hacen la historia con su sangre y su fe, su dolor y su esperanza. La patria verdadera.

M. G.